



Un billete de ida a las profundidades

Colecciono bichos desde que tenía diez años; es la única manera de que dejen de susurrarme cosas. Atravesarle el vientre a un insecto con un alfiler hace que se calle muy rápido.

Algunas de mis víctimas decoran las paredes en vitrinas, mientras otras están ordenadas en tarros y guardadas en un estante para usarlas más adelante. Grillos, escarabajos, arañas... abejas y mariposas. No tengo manías. Una vez les da por ponerse a charlar, se abre la veda.

Son muy fáciles de capturar. Lo único que necesitas es un cubo de plástico sellado lleno de arena de gato mezclada con unas cuantas pieles de plátano. Se hace un agujero en la tapa por el que se introduce una tubería de PVC y la trampa para bichos ya está lista. La piel de la fruta los atrae, la tapa evita que escapen y el amoníaco de la arena los asfixia y los preserva intactos.

Los bichos no mueren en vano. Los uso para mi arte, ordenando sus cuerpos de modo que formen siluetas y formas. Flores secas, hojas y trozos de cristal añaden color y textura a los patrones que forman los insectos sobre fondos de yeso. Son mis obras maestras... mis mosaicos macabros.

Los alumnos de último curso hemos salido a mediodía del instituto. Llevo casi una hora trabajando en mi proyecto más reciente. Un tarro lleno de arañas aguarda entre los utensilios de arte que ocupan mi escritorio.

El dulce aroma del solidago entra en mi dormitorio por la ventana. Florece en un prado que hay cerca de mi casa, atrayendo a un género de araña cangrejo que cambia de color —como un camaleón octópodo— para moverse sin ser detectado entre las flores amarillas o blancas.

Abro la tapa del jarro y saco treinta y cinco de los pequeños arácnidos blancos con unas pinzas largas, yendo con cuidado de no aplastarles el abdomen ni romperles las patas. Con pequeños alfileres los clavo en un fondo de yeso pintado de negro que hace de cielo nocturno y que ya está cubierto de escarabajos seleccionados por su brillo. Lo que he imaginado no es un típico firmamento salpicado de estrellas, sino una constelación que se enrosca sobre sí misma como si fuera un relámpago que corta el cielo y se precipita en espirales como una pluma. Tengo cientos de escenas retorcidas como ésta en mi cabeza y no tengo ni idea de dónde vienen. Mis mosaicos son la única manera que tengo de plasmarlas.

Me reclino en la silla y estudio el resultado. Cuando el yeso se seque, los insectos quedarán permanentemente fijados, de modo que si quiero realizar hacer algún ajuste, tengo que darme prisa.

Miro de reojo al reloj digital en la mesita de noche y me doy un golpecito en el labio inferior. Quedan menos de dos horas para encontrarme con papá en el psiquiátrico. Desde que iba al parvulario se ha convertido en una tradición ir cada viernes a Scoopin' Stop, comprar helado de chocolate y tarta de queso e ir a compartirlo con Alison.

El dolor de cabeza que me da el frío del helado y lo helado que se me queda el corazón no son precisamente lo que yo

llamo diversión, pero papá insiste en que es terapéutico para todos. Quizá cree que yendo a ver a mi madre al lugar donde yo podría acabar algún día hará que, de alguna forma, escape a mi destino.

Qué pena que esté equivocado.

Al menos la locura que he heredado tiene una cosa buena. Sin mis alucinaciones, quizá no habría encontrado mi vena artística.



Mi obsesión con los bichos empezó un viernes de quinto curso. No ha sido fácil. Taelor Tremont le dijo a todo el mundo que yo era pariente de Alicia Liddell, la chica que inspiró la novela de Lewis Carroll *Alicia en el País de las Maravillas*.

Puesto que Alicia fue, realmente, mi tataratarabuela, mis compañeros de clase se burlaban de mí durante la hora del patio hablándome de lirones y tés. Yo creía que las cosas no podían ir a peor hasta que sentí algo en mis tejanos y comprendí, mortificada, que me había venido por primera vez la regla sin que estuviera en absoluto preparada para ello. Al borde de las lágrimas, cogí un jersey del montón de ropa que había en objetos perdidos justo al lado de la entrada principal y me lo até a la cintura para taparme durante el corto trayecto hasta la oficina. Caminé con la cabeza gacha, incapaz de mirar a nadie. Fingí que estaba enferma y llamé a mi padre para que viniera a recogerme. Mientras esperaba en la enfermería a que llegara, imaginé una acalorada discusión entre el jarrón de flores que había en el escritorio y el abejorro que volaba a su alrededor. Fue una alucinación muy potente, porque de verdad oí esa conversación, tan claramente como oía a los estudiantes cambiar de aula al otro lado de la puerta.

Alison me había advertido sobre el día en que «me haría mujer». Y sobre las voces que oiría entonces. Había supuesto que todo aquello era producto de su inestabilidad mental...

Pero era imposible ignorar los susurros, al igual que los sollozos que ahogaba en mi garganta. Hice lo único que podía hacer: me negué a aceptar lo que sucedía en mi interior. Enrollé un póster de los cuatro grupos básicos de alimentos que había colgado en la pared y golpeé con él al abejorro lo necesario para atontarlo. Sacar las flores del agua y aplastarlas entre las hojas de una libreta de espiral fue efectivo para silenciar a los locuaces pétalos.

Cuando llegamos a casa, mi pobre padre, que no tenía ni idea de lo que me sucedía, se ofreció a hacerme una sopa de pollo. Le dije que no hacía falta y me fui a mi habitación.

—¿Crees que estarás lo bastante bien como para visitar a tu madre de aquí a un rato? —me preguntó desde el pasillo, siempre procurando no alterar el delicado sentido de la rutina que tenía Alison.

Cerré la puerta de la habitación sin contestar. Me temblaban las manos y sentía cómo se me agitaba el pulso. Tenía que haber una explicación para lo que había ocurrido en la enfermería. Estaba estresada por todas las burlas sobre el País de las Maravillas y entonces, cuando mis hormonas decidieron activarse, había sufrido un ataque de pánico. Sí. Eso tenía sentido.

Pero en lo más hondo sabía que me estaba engañando, y el último lugar al que quería ir en ese momento era al psiquiátrico. Al cabo de unos minutos volví al salón.

Papá estaba sentado en su sillón reclinable favorito, una vieja y gastada butaca tapizada de pana y margaritas de tela. En uno de sus «ataques», Alison había cosido las flores de tela por todo el sillón. Ahora papá no se separaba nunca de la butaca.

—¿Te encuentras mejor, mariposa? —preguntó, levantando la vista de su revista de pesca.

La mohosa humedad del aire acondicionado me golpeó la cara mientras me apoyaba en la pared forrada de madera. Nuestra casa pareada de dos habitaciones nunca había ofrecido demasiada privacidad y ese día me parecía más pequeño que

nunca. Las ondas de su pelo oscuro se movían con cada ráfaga de aire.

Moví los pies nerviosa. Ésta era la parte de ser hija única que odiaba: no tener a nadie más que a mi padre para poder contarle cosas.

—Necesito más. Sólo nos dieron una de muestra.

Tenía los ojos en blanco, como los de un ciervo contemplando el tráfico durante la hora punta de la mañana.

—La charla especial que dieron en la escuela —dije, con el estómago hecho un nudo—. Aquella a la que no invitan a los chicos. —Agité el folleto color púrpura que nos habían dado a todas las chicas de tercero. Estaba arrugado porque lo había metido, junto con la muestra de compresa que lo acompañaba, en el fondo del cajón de los calcetines.

Tras una incómoda pausa, la cara de papá se puso roja.

—Oh. Así que es por eso por lo que...

De repente se interesó por un colorido muestrario de cebsos para agua salada. Era evidente que estaba avergonzado o preocupado o ambas cosas, porque no había agua salada en un radio de ochocientos kilómetros a la redonda de Pleasance, Texas.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —insistí—. Alison me va a volver a soltar el discurso sobre la pubertad.

Además de la cara, se le enrojecieron las orejas. Pasó un par de páginas de su revista mirando las imágenes sin verlas realmente.

—Bueno, ¿quién mejor que tu madre para hablarte de las abejas y las flores, ¿no?

Una respuesta apareció inmediatamente en mi cabeza: *¿Qué te parecen las propias abejas?*

Me aclaré la garganta:

—No me refiero a ese discurso, papá. Me refiero a la charla de loca, la de: «No puedes evitarlo. No escaparás de las voces,

igual que no pude escapar yo. Mi tatarabuela nunca debió haberse metido en aquella madriguera de conejo».

No importaba que, después de todo, Alison pudiera tener razón sobre las voces. No estaba preparada para admitirlo ni ante mí misma ni ante papá.

Él se sentó muy tieso, como si el aire acondicionado le hubiera congelado la columna.

Estudié las cicatrices entrecruzadas de las palmas de mis manos. Tanto él como yo sabíamos que no era tanto lo que Alison fuera a decir como lo que podía llegar a hacer. Si tenía otra crisis, le volverían a poner la camisa de fuerza.

Aprendí muy pronto en mi vida por qué se llama «de fuerza». Porque *aprieta* con fuerza. Tanto que la sangre se acumula en los codos y se pierde la sensibilidad en las manos. Tanto que no hay escapatoria, no importa lo mucho que grite el paciente. Tanto que estrangula el corazón de los que aman a quien la lleva.

Sentí que se me hinchaban los ojos, como si pudieran estallar en lágrimas en cualquier momento.

—Oye, papá. Ya he tenido un día bastante horrible. ¿Podríamos *no* ir esta noche? ¿Sólo esta noche?

Papá suspiró.

—Llamaré al psiquiatra y les diré que iremos a ver a mamá mañana. Pero tarde o temprano tendrás que decírselo. Para ella es muy importante estar al tanto de tu vida, ¿sabes?

Asentí. Puede que tuviera que contarle lo de convertirme en mujer, pero no tenía por qué decirle nada de lo de convertirme *en ella*.

Metiendo un dedo en la bufanda púrpura atada alrededor de mis shorts tejanos, me miré los pies. Las relucientes uñas pintadas de rosa reflejaban la luz vespertina que entraba por la ventana. El rosa siempre fue el color favorito de Alison. Por eso lo llevaba.

—Papá —murmuré lo bastante fuerte como para que me oyera—. ¿Y si Alison tiene razón? Hoy he notado algunas cosas. Cosas que no son... normales. Yo no soy normal.

—Normal.

Sus labios se curvaron hacia arriba a lo Elvis. Me había dicho en una ocasión que fue su sonrisa lo que ganó a Alison. Yo creo que fueron su bondad y su sentido del humor, porque esas fueron las dos cosas que evitaron que me fuera a dormir llorando todas las noches cuando la internaron por primera vez en el psiquiátrico Todas las Almas.

Enrolló la revista y la metió entre el cojín del asiento y el brazo del sillón. Se levantó, con su metro ochenta y cinco elevándose frente mí, y me acarició el hoyuelo del mentón, la única parte de mi anatomía heredada de él y no de Alison.

—Escúchame bien, Alyssa Victoria Gardner. Lo *normal* es subjetivo. No dejes que nunca nadie te diga que no eres normal. Porque para mí eres normal. Y mi opinión es la única que importa. ¿Vale?

—Vale —susurré.

—Bien —me apretó el hombro con la mano y sentí sus dedos cálidos y fuertes. Pero el tic en su párpado izquierdo lo delató. Estaba preocupado, y eso que no sabía de la misa la mitad.

Esa noche di mil vueltas en la cama. Cuando al final conseguí dormirme tuve por primera vez la pesadilla que desde entonces tortura mis sueños. La pesadilla de Alicia.

En ella, avanzo a trompicones por un tablero de ajedrez en el País de las Maravillas, tropezando con cuadrados blancos y negros rotos. Sólo que no soy yo. Soy Alicia, llevo un vestido azul y un delantal de encaje, y estoy intentando escapar del tic-tac del reloj de bolsillo del Conejo Blanco. Parece que lo hayan despellejado vivo, no es más que huesos y orejas.

La Reina de Corazones ha ordenado que me corten la cabeza y la metan en un tarro de formol. He robado la espada real

y estoy huyendo, buscando desesperadamente a la Oruga y al Gato de Cheshire. Son los únicos aliados que me quedan.

Me refugio en un bosque y con la espada corto las ramas y lianas que me cierran el paso. Una mata de zarzas emerge del suelo. Sus espinas atrapan mi delantal y me arañan la piel como si fueran garras rabiosas. Por todas partes hay gigantescos árboles clavel. Tengo el tamaño de un grillo, igual que los demás.

Debe ser algo que comimos...

Muy cerca se escucha el tictac del reloj del Conejo Blanco, cada vez más fuerte, audible incluso por encima de los pasos de mil soldados naípe avanzando. Ahogándome en una nube de polvo, me hundo en la guarida de la Oruga, donde hay setas del tamaño de ruedas de camión. No tiene salida.

Una mirada a la seta más alta y me da un vuelco el corazón. El lugar donde solía estar sentada la Oruga y desde donde ofrecía sus consejos y su amistad es una gran masa de gruesas redes blancas. Algo se mueve en el centro, un rostro que se aprieta contra el translúcido envoltorio lo bastante como para que pueda distinguir la forma de sus rasgos pero sin ver detalles claros. Me acerco más, desesperada por saber quién o qué hay dentro... pero la boca del Gato de Cheshire flota junto a mí, gritando que ha perdido su cuerpo, y me distrae.

El ejército de naipes aparece en el claro y en un instante estoy rodeada. Lanzo la espada a ciegas, pero la Reina de Corazones da un paso adelante y la atrapa al vuelo. Me hincó de rodillas frente al ejército y suplico por mi vida.

No sirve de nada. Las cartas no tienen oídos. Y yo ya no tengo cabeza.



Tras cubrir mi estelado mosaico de arañas con una tela para protegerlo mientras se seca el yeso, me como rápidamente unos

nachos y salgo hacia la pista de monopatín subterránea de Pleasance para hacer tiempo antes de encontrarme con papá en el psiquiátrico.

Siempre me he sentido como en casa entre las sombras. El parque está situado en una vieja cúpula de sal abandonada, una enorme caverna subterránea con un techo de roca que en algunos puntos llega a los quince metros de altura. Antes de la reforma, la mina había sido utilizada para almacenar bienes de una cercana base militar.

Los nuevos propietarios prescindieron de la iluminación tradicional y, con un poco de pintura fluorescente y añadiéndole luces negras, la convirtieron en el sueño de todo adolescente: un patio de juegos ultravioleta, oscuro y misterioso, en el que no faltaban ni una pista para los monopatines, ni un minigolf fosforescente, ni salón de máquinas recreativas ni cafetería.

Con su pintura de neón cítrico, el gran cuenco de cemento creado para los monopatines destaca como un faro verde. Todos los usuarios deben firmar una autorización y pegar cinta fluorescente naranja en los bordes de sus monopatines para evitar choques en la oscuridad. Desde lejos parece que estemos montando luciérnagas en la aurora boreal, cruzándonos una y otra vez con las estelas de luz de los demás.

Empecé a ir en monopatín a los catorce años. Necesitaba un deporte que pudiera hacer sin quitarme los auriculares del iPod, que llevaba para amortiguar los susurros de los bichos y las flores silvestres. He aprendido a ignorar la mayoría de mis alucinaciones. Por lo general lo que oigo es aleatorio y no tiene sentido y se une en una especie de zumbidos y crujidos, como si fueran interferencias en la radio. La mayoría de las veces logro convencerme a mí misma de que es sólo ruido de fondo.

Y, sin embargo, hay momentos en que alguna flor o algún bicho dice algo más alto que los demás —algo pertinente, per-

sonal o relevante— y entonces me vengo abajo. Así que cuando estoy durmiendo o haciendo cualquier otra cosa que requiera concentración intensa, mi iPod resulta esencial.

En la pista de monopatines los altavoces emiten constantemente música a un volumen atronador, desde canciones de los ochenta a rock alternativo, bloqueando toda posible distracción. Ni siquiera tengo que llevar los auriculares. El único inconveniente es que el lugar es propiedad de la familia de Taelor Tremont.

Me llamó antes de la gran inauguración, hace dos años.

—He pensado que te interesaría saber cómo vamos a llamar al centro —dijo, con la voz empapada en sarcasmo.

—¿Sí? ¿Por qué?

Intenté ser educada porque su padre, el señor Tremont, había contratado a la tienda de deportes de mi padre como proveedor exclusivo del megacentro. Lo cual vino de perlas, además, porque las facturas médicas de Alison nos habían puesto al borde de la bancarrota. De propina, saqué un carnet de socia vitalicio.

—Bueno... —dijo Taelor riendo por lo bajo. De fondo oí como también se mofaban sus amigas, debía estar en el manos libres—. Papá quiere llamarlo el País de las Maravillas. —Las risitas me llegaron a través de la línea—. Creí que te encantaría, sabiendo lo orgullosa que estás de tu tataratarabuela caza-conejos.

La pulla me dolió más de lo que debería.

Supongo que me quedé callada demasiado tiempo, porque Taelor dejó de reír.

—En realidad —dijo, casi tosiendo la palabra—, creo que eso está muy visto. La Caverna queda mucho mejor, ¿sabes?, porque el complejo está bajo tierra. ¿Qué te parece, Alyssa?

Hoy me acuerdo de ese extraño destello de bondad mientras me lanzo por la rampa de monopatín en las profundidades, bajo el brillante cartel de neón con el nombre LA CAVERNA que cuelga del techo. Está bien recordar que Taelor tiene un lado humano.